

En Francesc Montasell quan em va portar "l'estrany cuc" que va trobar a la seva finca, poc podia imaginar que aquell "cuc" era ni més ni menys que la larva d'una papallona nocturna prou escadussera a les nostres contrades. Es tractava de la fase larval de la papallona nocturna ESFINGE DE LA PROSERPINA (Proserpinus proserpina). Aquest nom li va ser imposat en honor de Proserpina, la mítica filla de Ceres. Proserpina va ser castigada a viure la meitat de cada any de la seva vida a l'infern. Tot això ho podeu llegir en la següent faula que he copiat de "Mitos y leyendas", a Maravillas del Saber, ed. Credsa (vol 3), i que he volgut mantenir en la seva versió en castellà.

La Proserpinus proserpina s'alimenta, entre d'altres, de plantes de la família de la lisimaquia i de l'herba de Sant Antoni. És un cas estrany entre el grup de les esfinxs al qual pertany, ja que mentre gairebé totes les larves d'aquest grup tenen com una espècie de banya a la cua, la larva de la Proserpinus és orfe d'aquest element.

Una mañana la hermosa Proserpina estaba recogiendo flores en el bosquecillo que circunda las claras aguas de la fuente de Pergo, en Sicilia. Bromeaba despreocupadamente con las compañeras compitiendo en elegir las flores más hermosas para colmar con ellas su regazo y hacer guirnaldas. En estas actitudes llenas de sencilla gracia, la vio, a escondidas, Plutón, el dios del subterráneo mundo de los muertos. Recordemos que Plutón (a quien los griegos llamaban Hades) no era una divinidad malvada, pero si triste, oscura y misteriosa. Ciertamente, su reino no era atractivo y por eso ninguna joven, fuera diosa o mortal, había consentido todavía en ser su esposa. Digamos, de paso, que los autores del mito localizaron su vivienda en Sicilia porque allí se encuentra el Etna y los antiguos consideraban los volcanes como las puertas a través de las cuales el mundo de los vivos comunicaba con el subsuelo, es decir, con el mundo de los muertos.

Plutón, cuando vio a Proserpina, se enamoró de ella y, decidido a obtener por la fuerza lo que nunca habría conseguido con la persuasión, se dispuso a raptarla. Subió rápidamente a su carro y aguijó a los caballos con grandes voces, haciendo restallar el negro látigo por encima de sus crines. Así, terrible y vociferante, irrumpió entre las jóvenes, que huyeron aterrorizadas, pero logró dar alcance a la hija de Deméter, se apoderó de ella y lo subió a su carro de ruedas de hierro. La muchacha intentó librarse, pidió ayuda a sus compañeras y a su madre, pero todo en vano: los caballos huían veloces, rozando la superficie de los profundos lagos, de los estanques que olían a azufre, cuyas aguas hervían entre las hendiduras de la tierra.

Y la hermosa y gentil Proserpina, llevada al mundo de las sombras, fue obligada a convertirse en la esposa de Plutón y a sentarse con él en el trono de aquel tenebroso reino. Pero, mientras tanto, su madre la buscaba desesperadamente de un extremo a otro del mundo. Vagaba sin descanso día y noche, haciéndose luz en las tinieblas con dos ramas de pino ardientes, preguntando a todos, hombres y dioses, dónde estaba su amada hija Proserpina, la de la dulce sonrisa. Pero nadie podía responderle: unos callaban porque no lo sabían; y otros porque, sabiéndolo, temían incurrir en la furia del poderosísimo dios de ultratumba. Cuando, por último, llegó a Sicilia, Deméter encontró en la hierba el cinturón que su hija había perdido en el agitado momento del rapto, vio las flores esparcidas y pisoteadas y, poseída por la desesperación, se mesó los cabellos. Llena de angustia y de cólera, llegó a maldecir a la tierra que no había sabido cuidar de su hija, y la llamó ingrata e indigna de recibir el don de las opulentas cosechas.

Entonces, a las palabras de la diosa, todo lo que había sobre la tierra se trastornó de pronto: los árboles fueron despojados de sus hojas, las mieses del campo se

marchitaron, y mientras el cielo, antes claro y sereno, se llenaba de nubes grisáceas, los ríos y los lagos se helaron. Ya no se vieron más flores ni hierbas, y los animales, encerrados en los establos, empezaron a bramar de hambre. Ni siquiera los hombres podían salir de sus casas para procurarse alimento o trabajar. Todos estaban reunidos alrededor del fuego intentando calentarse, mientras en el exterior un viento helado barría sin descanso la desolada extensión de tierra.

Pero Apolo, el dios luminoso que, conduciendo el carro del Sol a través del cielo, podía ver todo cuanto sucedía en la tierra, preocupado por lo que estaba ocurriendo, se decidió a informar a Deméter acerca de la suerte que había corrido su hija. La diosa subió rápidamente al Olimpo y, postrada a los pies del más poderoso de todos los dioses, le imploró así:

-¡Oh Zeus, vengo a rogarte que salves a nuestra hija Proserpina!. Después de haberla buscado durante mucho tiempo, por fin he sabido dónde se encuentra: Plutón la ha raptado y quiere tenerla para siempre consigo en el Averno. Pero tú, que además de ser el padre de los dioses y de los hombres eres el supremo custodio de la justicia, libera a Proserpina, a fin de que no pueda decirse que la hija de Zeus tiene un ladrón por esposo.

Ésta fue la apasionada plegaria de Deméter, y Zeus, desde lo alto de su trono, le respondió así:

-Deméter, también yo amo a Proserpina, puesto que soy su padre, y me preocupa mucho su suerte, pero, si queremos ver las cosas como son y dar a los hechos su justo valor, es posible que este rapto no sea una afrenta hecha a ti y a tu hija, sino el signo de un verdadero amor. Además, no olvides que Plutón es mi hermano y un dios casi tan poderoso como yo. Por todo esto creo que podemos considerar deseable el matrimonio de nuestra hija Proserpina con él. Sin embargo, comprendo tu dolor al ver que así te ha sido arrebatada tu hija, y por esta razón, si quieres que esta unión no sea llevada a cabo, lo haré con una condición: que no haya probado ningún alimento en el Averno. Desde tiempos inmemoriales las Parcas tienen establecido que quien haya probado cualquiera de los frutos que allí crecen, no pueda volver del reino de los muertos.

Deméter se aferró a esta última esperanza de que se le restituyera a su hija, pero el Hado no fue benévolo con ella: Proserpina, paseando por los bien cultivados jardines de la mansión de Plutón, tuvo sed y, creyendo no ser vista, tomó una granada de un árbol y mordió siete granos. Pero Ascálafo, malvado hijo de una ninfa del Averno, la vio y la denunció, y le quitó así toda posibilidad de regresar.

Proserpina hubiera estado obligada a pasar toda su vida en el Averno si Zeus, compadeciéndose de ella, no hubiese decidido otra cosa: durante seis meses, la joven sería la esposa de Plutón y viviría con él en el Averno, pero, en los seis meses restantes, estaría al lado de su madre y podría ver la cálida luz del sol.

Éste fue el designio de Zeus, y los dioses acataron su voluntad. Pero desde entonces también la naturaleza sufre, cada año, la misma suerte de Proserpina: durante seis meses permanece prisionera de las oscuras fuerzas del otoño y del invierno, y durante los otros seis meses vuelve a vivir cálida y lozana bajo el cielo sereno de la primavera y el verano.